

El Ensayo como un Camino para Conocer: ¿Cómo se Conoce lo que Cambia?*

Por Leonel De Gunther Delgado

El autor reconoce que no es posible pensar a partir de sistemas totalizantes que además de explicarlo todo se expliquen también a sí mismos (Ciurana, 1998). Esta perspectiva, permite abordar el denominado género ensayo desde distintas lógicas para pensar que ponen en relación a la filosofía, a la literatura y a la historia.

*“La reflexión sobre el método
muchas veces no precede,
sino que viene de la práctica”
Giorgio Agamben*

*La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola.
Tenía manos, pero no tenía a quién tocar.
Tenía boca, pero no tenía con quién hablar.
La vida era una, y siendo una era ninguna.
Entonces el deseo disparó su arco.
Y la flecha del deseo partió la vida al medio,
y la vida fue dos.
Los dos se encontraron y se rieron.
Les daba risa verse, y tocarse también.
Eduardo Galeano*

Introducción

Ubicar al ensayo como un camino para conocer implica situarlo dentro de una dimensión de estudio particular que, si bien puede retomar elementos de un sistema de clasificación y organización de lo que podríamos llamar sus componentes y sus reglas; también puede retomar elementos que

se encuentran fuera de tal sistema. No resulta extraño prever, como aparece en la fragmento de Agamben (2010), escrito al margen del texto, que esto tiene que ver con una reflexión sobre el método, no sólo acerca de la discusión sobre los procedimientos que seguimos para conocer; sino también acerca de las implicaciones que tiene sobre nuestra configuración del mundo.

*De Gunther, L. (2010). El ensayo como un camino para conocer: ¿Cómo se conoce lo que cambia? En Gutiérrez, D., Valenzuela, B., Piovani, J., Guillén, L. II Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales. Memoria. Universidad de Sonora. Hermosillo, Sonora. México. ISBN. 978-607-7782-803 p. 1-15.

Sin duda, esto apunta a lo que vivimos hoy en la vida cotidiana y que ha sido denominado como crisis estructurales generalizadas, cuyos productos visibles son la proliferación de elementos flotantes, dislocados del orden que ocupaban dentro de los sistemas relacionales y de sus diversas estructuras interrelacionadas, que a la vez que conforman una estructura mayor, tienden a definir las identidades de sus espacios social, político, cultural, etcétera (De Alba, 2003, p. 55). Esto es, pérdida y búsqueda de sentido.

Desde esta óptica, reconocemos que el imaginario de un mundo que podíamos controlar: medir, pesar, contar; ha quedado atrás, a pesar de nuestros esfuerzos por mantener su configuración imaginaria. Reconocemos por ello, que vivimos un mundo relacional y que su sentido surge en la relación; pero para su encuentro, requiere nuevas escalas por inventar. Es por ello, que este trabajo aborda un conjunto de principios generados por el pensamiento complejo que intentan pensar de forma relacional; separa, pero también une; organiza sin totalizar; analiza a la vez que sinteriza. Reconoce que no es posible pensar a partir de sistemas totalizantes que además de explicarlo todo se expliquen también a sí mismos (Ciurana, 1998). Esta perspectiva, permite abordar el denominado género ensayo desde distintas *lógicas para pensar* que ponen en relación a la filosofía, a la literatura y a la historia.

El trabajo se articula en 4 partes. La primera plantea la relación ensayo y conoci-

miento a partir de una síntesis sobre la forma en que éste ha sido estudiado. Esta parte hace emerger la dimensión problemática que aquí nos interesa: el llamado ocultamiento de la ontología, el tiempo, el caos y la creación. La segunda parte aborda un aspecto poco tematizado en el conocimiento del ensayo, a partir de una *mirada arqueológica*, cuya pretensión consiste en ubicar al ensayo en una historia de acontecimientos y restituir en él un valor epistémico. La tercera parte, recurre a los indicios, aquellos fragmentos que, a pesar de su inadvertida utilidad, se constituyen en un valor de sentido para analizar el ensayo. Finalmente, se presentan algunos comentarios finales.

Ensayo y conocimiento: el problema

Diferentes estudios sobre el ensayo ofrecen esfuerzos específicos y sistemáticos por explicar y comprender su lógica interna, su estatuto de legalidad sea como aproximación a la verdad o como invención asistemática del porvenir. Tales estudios pueden provenir de diferentes disciplinas sea la filosofía, la literatura o la historia o alguna combinación entre ellas. Los núcleos problemáticos de estos estudios se orientan hacia la relativa autonomía del género ensayo con respecto a otros géneros, sobre el lugar que ocupa entre los géneros, la posibilidad de definir y describir las características propias de este tipo particular de texto, incluso, sobre la posibilidad de sentar las bases para decidir sobre su especificidad literaria den-

tro del dominio de la literatura (Arenas Cruz, 1997; Gómez-Martínez, 1992; Salgado, 2004). Otros estudios, ofrecen análisis conceptuales acerca de lo que sea el ensayo eligiendo cuidadosamente el problema y los conceptos para abordarlo (Aullón de Haro, 2006; Bueno, 1966); en este mismo sentido, pero como una crítica a las posturas positivas sobre el conocimiento y a la posición que ocupa el ensayo con respecto a aquel, se encuentra el trabajo de Adorno (1962) y que retomaremos más adelante. Algunos estudios abordan cuestiones específicas sobre el ensayo como aquella clasificación que ubica a este género entre la escritura sistemática y el fragmento (Kerik, 2010) e incluso, sobre la posibilidad de ensayo como anuncio asistemático del porvenir (Gil, 1998). Aunque estos estudios no ofrecen la totalidad de los enfoques que han abordado este género para explicar o comprenderlo, presentan en general su ubicación dentro de alguna dimensión disciplinar de estudio sea la literatura, la filosofía o la historia.

Las preguntas y respuestas que se elaboran en estos estudios pertenecen al orden de los problemas específicos de las disciplinas y de los campos de conocimiento: se trata de es-

tablecer su demarcación y su autorganización que en conjunto, regula las interacciones tanto internas como externas de sus propiedades y componentes a través de aperturas y clausuras para mantener su relativa estabilidad (Bunge, 1999). Se trata de campos de conocimientos y disciplinas donde operan lógicas internas¹ que regulan y establecen los mecanismos de verificación y validación de sus postulados. Están constituidas por un conjunto de once variables que le dan contenido al campo de conocimiento; pero que adecuadas, pueden emplearse para el análisis disciplinar. Nos referimos a la comunidad de investigadores, a la sociedad, al dominio o universo del discurso, a la concepción general o filosófica, al fondo formal, al fondo específico, a la problemática, al fondo de conocimiento acumulado, a los objetivos, a la metódica y a las parientes próximas, según lo ha señalado Bunge (1999).

La legitimidad de estos estudios se encuentra en lo que ha sido denominado como *ontología tradicional* (Castoriadis, 1989), la cual se caracteriza por poseer tres dimensiones: los datos, hechos y fenómenos; el ser y las ideas; y los posibles arreglos entre ambos. Estas tres dimensiones encuentran

¹ Es interesante notar que un campo de conocimiento no sólo se constituye de una lógica interna como la que se señala; sino que además opera en él una lógica externa como lo han notado otros autores. Según De Alba (2003), “un campo intelectual o simbólico se constituye de manera relacional, en condiciones específicas de producción, a partir de ciertos sujetos, productores, actores o agentes. Esto es, se conforma por un sistema o configuración de elementos de distinta índole, como lo son los espacios sociales e institucionales, los sujetos y actores sociales y las redes de interrelación, lucha, fuerza, poder, producción, legitimación e intercambio en torno a un objeto o tema; en función de las demandas que se expresan a través de los proyectos políticos, sociales y culturales, educativos, etcétera, o a través de rasgos disruptivos, entendidos estos como provenientes de estructuras anteriores y elementos nuevos, inéditos, que se vinculan en contornos sociales de articulación. (p. 38).

contenido en tres de las variables que hemos señalado más arriba. La primera de ellas, el fondo general, consiste en tres principios: ontológico: lo constituyente del mundo; epistemológico: la posibilidad de conocer el mundo, y el ethos: referido a la libre búsqueda de verdad; el segundo, fondo formal, se refiere a una colección de teorías actualizadas; mientras que, el fondo específico, a la colección de datos, hipótesis y teorías actualizados y de métodos de investigación razonablemente efectivos, obtenidos en otros campos relevantes para él (Bunge, 1999).

Los atributos contenidos en estas variables permiten configurar un objeto de estudio, demarcarlo espacio y temporalmente. Es decir, permiten arrancar de la totalidad un fragmento del mismo, ubicarlo en un contexto y tiempo específico para estudiarlo, además de definir los propósitos, los problemas -intereses de estudio-, los métodos, etc., como elementos constituyentes propios de la disciplina. De aquí resulta por ejemplo, que si bien el lenguaje pueda ser objeto de la lingüística, la filosofía o la psicología su demarcación como objeto es diferente para cada una de ellas, lo mismo vale para las condiciones del conocer, cada una de ellas plantea la necesidad de una distancia espacial y temporal para hacer asequible su objeto.

Sin embargo, en oposición a este planteamiento, Castoriadis (1989), ofrece una profunda discusión sobre los componentes del fondo general o fundamento filosófico. Esta

discusión se centra en que la ontología tradicional ha ocultado otros constituyentes del presupuesto ontológico. Se refiere a que la ontología tradicional sólo toma en cuenta: el ser y las ideas; y los posibles arreglos entre estos. Estos tres elementos permiten crear constructos u objetos teóricos de investigación en una ciencia particular. Sin embargo, la existencia de otros tres elementos: el caos, el tiempo y la creación; en su des-velo, vienen a complejizar el edificio de construcción de objetos de conocimiento al introducir otros niveles de realidad que no habíamos visto antes.

El tiempo, el caos, la creación se nos presentan ahora, además de los datos, hechos y fenómenos; el ser y las ideas y los posibles arreglos entre ambos, como parte de la cotidianidad de nuestra vida. Se traducen en su forma de tiempo en inestabilidad: cada vez encontramos más finales y más inicios de manera simultánea (Bauman, 2004), los objetos duran poco tiempo y surgen muchos de manera simultánea.

En forma de creación, la multiplicidad de objetos inusitados que emergen de la interacción entre los elementos de un sistema, pero que no son propiamente componentes del mismo (Morín, 2008), genera la necesidad de un conjunto de escalas por inventar. En forma de caos -inestabilidad e incertidumbre-, la emergencia se traduce en turbulencia que requiere nuevas lógicas para pensarse en el abandono de “la mirada” lineal y mecanicista, cuyo constreñimiento hace emerger miradas complejas que adviertan los diferentes

niveles de realidad ² (Bryant, 2007). Si esto es así, la aclaración que aparece como pregunta en el título de este trabajo: ¿Cómo se conoce lo que cambia? Cobra sentido en esta contextualización y le atribuye además un valor epistemológico al ensayo.

Inevitablemente, esta afirmación plantea dos dimensiones organizativas en el plano del conocimiento. Por un lado, aquella que podríamos llamar, hasta cierto punto, *programable* –ontología tradicional- a partir de *positividades*, es decir, el “sustrato histórico-empírico de los discursos, [que] designa al conjunto de condiciones materiales que hacen posible la existencia de los discursos en tanto prácticas específicas” (Foucault citado por Albano, 2006, p. 86), y que bien podemos ubicar en esa dimensión de *lógica interna* como atributos o propiedades en los estudios sobre el ensayo y otra, constituida por las emergencias, en el sentido de aquellos *elementos no programables* –des-ocultamiento ontológico- que surgen en la interacción de los componentes de un sistema (Morín, 2008, p. 42). Es decir, los estudios disciplinares vienen a establecer el orden de las cosas en el dominio disciplinar; pero, se les escapan aquellos elementos que como exclusiones disciplinares o anomalías no responden cabalmente al conjunto de los principios que *deberían*

regularlos. Son el cajón de sastre que tanto sirve para guardar como para ocultar (Gómez de Baquero citado por Arenas Cruz, 1997, p. 17). De esto deriva una especulación como pregunta legítima, ¿es posible pensar al ensayo como un camino para conocer lo que cambia a partir de ubicarlo con atributos ontológicos que tanto permiten ubicarlo dentro de un campo disciplinar específico – los datos, hechos y fenómenos; el ser y las ideas y, las posibles combinaciones de ambos- y a la vez situarle fuera de él, a colocarle otros atributos ontológicos como el tiempo, el caos, y la creación? Creemos que sí.

Una mirada arqueológica sobre el ensayo

Agamben señala que el tratamiento de los problemas debe revestir algo que él denomina *cautela arqueológica*, esto es "retroceder en el propio recorrido hasta el punto en que algo ha quedado oscuro y no tematizado (Agamben, 2010, p. 10). Esta cautela arqueológica para pensar el ensayo, nos remite sin duda al mundo en que el ensayo es instaurado. Se trata del Renacimiento, los tiempos de Michel Montaigne y Francis Bacon como precursores del mismo ³. Este mundo, siguiendo las ideas de Agamben, tiene que ver con el mundo de la Antigüedad tardía, como lo ha mostrado la filología

² Por ejemplo, el macro y el micro cosmos, aluden a dos niveles de realidad, la idea de que como era “arriba” era “abajo” no resulta sostenible con los conocimientos generados en la física actual.

³ Si bien es conocido la disputa sobre la originalidad y autoría del ensayo, incluso, de la temporalidad en que éste puede ser signado y la existencia de otros autores, existe consenso sobre Montaigne como autor del mismo dadas las características que éste le imprime. La diferencia particular se muestra en el sentido de fragmento y experiencia en el primero; y sistematicidad y conceptualización en el segundo. Cf. (Arenas Cruz, 1997; Gómez-Martínez, 1992, Bueno, 1962)

warburgiana, que restituye la cultura del neoplatonismo y el hermetismo. Esto implica, que el ensayo, situado desde esta perspectiva, se relaciona con la disputa originaria entre los intérpretes del aristotelismo de la Antigüedad tardía y el Medioevo, que plantean el problema del conocimiento como una relación entre dos sujetos totalmente separados y distintos: el sujeto de la experiencia y el sujeto del conocimiento. Disputa basada en la unicidad y en la separación del intelecto y su comunicación con los sujetos de la experiencia. Estos sujetos poseen características propias. El sujeto de la experiencia es el llamado sentido común o principio que juzga que posee cada individuo y representa lo “múltiple”, la multiplicidad de los individuos; mientras que el sujeto del conocimiento está representado por el intelecto agente: entidad separada: impasible, divina; y que es referida como lo “uno”. Esta distinción plantea el problema del conocimiento como el de la relación entre dos esferas separadas: lo uno y lo múltiple, el saber humano y el saber divino, lo inteligible y lo sensible. A esta distinción habría que agregar otra, la diferencia existente entre inteligencia y alma –entre *nôus* y *psyché*–, en el sentido de que aquella entra en contacto con ésta como elemento de comunicación para producir la experiencia (Agamben, 2007).

Esta primera aproximación al tema del ensayo para ubicarlo como un camino para el conocimiento de lo que cambia, plantea un interesante problema para cualquier sis-

tema clasificatorio, ya que la definición planteada por Montaigne se refiere a la experiencia desde la perspectiva del sujeto de la experiencia: “La experiencia tradicional (...aquella de la que se ocupa Montaigne) se mantiene fiel a esa separación de la experiencia y de la ciencia, del saber humano y el saber divino. Es precisamente una experiencia del límite que separa ambas esferas” (Agamben, 2007, p. 17) y que en palabras de Gómez-Martínez (1992), significa que la esencia del ensayo es aquella que Montaigne le proporcionó.

El conocido pasaje de “Demócrito a Heráclito” de Montaigne que ha sido citado múltiples veces y que reproducimos aquí parcialmente:

El **juicio** es cosa útil a todos los temas y en todos interviene. Por tal causa, en estos Ensayos lo empleo en toda clase de ocasiones. Si trato de cosas que no entiendo, con más razón ensayo el **juicio**, sondeando el vado a prudente distancia, de modo que, si lo encuentro demasiado hondo para mi estatura, me quedo en la orilla. El reconocer el límite de donde no se puede pasar es un efecto del **juicio**, y aun aquel de que el susodicho **juicio** se alaba más. Otras veces miro si a una cosa vana o baldía podrá el **juicio** darle cuerpo y apoyarla y afincarla. Y aun en otras ocasiones lo paseo por un tema elevado, pero manido, donde, por lo muy trillado que el camino está, nada puede el **juicio** encontrar, sino sólo seguir ajenas huellas... (Montaigne, 2003, p. 249)

Permite observar el término *juicio* con alguna regularidad. Salgado, (2004), pone énfasis en el término juicio como uno de los principales motores del ensayo; sin embargo, no hace alusión a la noción de juicio como la entidad que juzga perteneciente al sujeto de la experiencia expresada en la disputa aristotélica con respecto al conocimiento. Sin embargo, creemos que el énfasis en el término *juicio*, que aparece en el multicitado párrafo es parte de ese sujeto de la antigüedad tardía denominado sujeto de la experiencia.

El señalamiento de Gómez-Martínez, con respecto a la obra de Montaigne focaliza este aspecto: "Los autores se comunican con el mundo en extrañas y peculiares formas; yo soy el primero en hacerlo con todo mi ser, como Miguel de Montaigne, no como gramático o como poeta, o como jurisconsulto" (Montaigne citado por Gómez-Martínez, 1992).

Esta separación entre el sujeto de la experiencia como una entidad diferente del sujeto del conocimiento, es una separación radical: "la experiencia es incompatible con la certeza, y una experiencia convertida en calculable y cierta pierde inmediatamente su autoridad" (Montaigne citado por Agamben, 2007, pp. 14-15).

Desde esta cautela arqueológica, es posible enunciar un recorte temporal. Con la aparición de la modernidad y sobre todo con el planteamiento de Descartes, los sujetos de la experiencia y del conocimiento y sus dis-

tinciones fueron anulados en un ego cogito, una pura consciencia cognoscente, únicamente pensante, un sujeto puramente lingüístico y funcional que sólo existe en el momento de la enunciación, en el sentido de una arquitrabe que articula dentro de sí a ambos sujetos en uno nuevo que expulsa la experiencia del método para alcanzar conocimiento. En este sentido, "la ciencia moderna nace de una desconfianza sin precedentes en relación a la experiencia tal como era tradicionalmente entendida" (Agamben, 2007, pp. 13-14)

El fragmento del poema de Galeano, escrito al margen del texto, describe esta separación originaria, pero también prevé la unión posible entre ambos:

*"La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola.
Tenía manos, pero no tenía a quién tocar.
Tenía boca, pero no tenía con quién hablar.
La vida era una, y siendo una era ninguna.
Entonces el deseo disparó su arco.
Y la flecha del deseo partió la vida al medio,
y la vida fue dos.
Los dos se encontraron y se rieron.
Les daba risa verse, y tocarse también.*

Un análisis más detallado de este fragmento pone en relación dos conceptos similares pero distintos: *zoë* y *bios* ambos se refieren a *vida*, en griego. El primero alude al sólo hecho de vivir, a cualquier organismo vivo – y en ocasiones a Dios-, mientras que el segundo alude a la vida organizada, pública, de interacción en la plaza pública (Agamben, 2006, pp. 9-16).

El deseo, es el intermediario, el que está entre ambos sujetos, el que permite la traducción del conocimiento en experiencia. No en vano, escribe Agamben (2007), los cantantes de las coplas de amor, le cantaban a un amor ubicado en esa posición intermedia entre ambos sujetos: el del conocimiento y el de la experiencia. Recordemos además como Platón en el banquete al referirse a *Eros* lo hace en términos de un semidios –*logos*–, uno que se encuentra entre Poros y Penia, entre la abundancia y la precariedad que permite su existencia.

Desde esta perspectiva, un sistema de clasificación del ensayo que parta de la ciencia moderna, es decir, de aquella que anula los sujetos y sus distinciones, tendría en sí misma contenida una omisión originaria en su sistema clasificatorio; ya que con ello, se anula también la imaginación, la fantasía, el deseo y la pasión como elementos del conocimiento que, como ha señalado Castoriadis, han sido puestos al frente desde tiempo antiguos, por ejemplo, en el “Banquete”, Platón pone la pasión amorosa –el *Eros*– en el fundamento del conocer..., lo mismo hace Aristóteles en su *Metafísica*: “Todos los seres humanos por naturaleza desean saber...” (Castoriadis, 1998, p. 158), y que sin duda, señalan más el carácter dialógico que el carácter dialéctico del conocimiento (Morin, 1983) el cual reconoce ese bucle entre razón y afecto, que implica la adquisición de la experiencia más allá del sujeto moderno que no puede más que adquirir conocimiento y omitir la experiencia. Un bucle que se opone a la vieja y conocida ex-

presión cartesiana de ideas claras y distintas como lógica de exclusión de la anomalía.

Se trata entonces de posicionar al ensayo desde una mirada capaz de darle figura a su valor epistémico: de conocimiento, que si bien nunca es negada, si se encuentra matizada por su valor de verdad, pero con referencia a una verdad que sólo existe en el imaginario de un mundo que podemos controlar, medir, pesar contar en un nivel de realidad mecánica y lineal, como lo expresamos más arriba. En este sentido, cuando Gil señala su postura al contrastar el ensayo frente al tratado y decir que “aún cuando el ensayo tiene en su estructura intrínseca mayor flexibilidad y libertad interna para reflejar el plurivalente dinamismo de la modernidad, carece por lo mismo de la solidez, gravedad y sistematicidad del tratado... la configuración vanguardista del ensayo difícilmente tendrá el sello que emana del trabajo meditado y elaborado, paso a paso, en la calma y la tranquilidad del retiro” (Gil, 1998, p. 23). Su afirmación –de Gil– pertenece a ese imaginario de mundo que deseamos controlar y no al mundo actual con grados de complejidad creciente que ninguna disciplina por sí misma puede afrontar.

Indicios o signatures en el ensayo

Es Adorno (1962) quien en su trabajo sobre el ensayo le restituye un valor de verdad al cuestionar el positivismo como *la lógica* del conocimiento. Adorno lo coloca en la posición de una anomalía –herejía– alude a las nociones de inactualidad para situarlo fuera del contexto de conocimiento disciplinar -

al que hemos aludido en la primera parte y que lo acerca más a la idea de conocer-. Adorno recoge en gran medida la anomalía, el fragmento carente de una escala clasificatoria que las posturas teóricas excluyen como parte de su propio interés por ofrecer una explicación o comprensión al tejido conjunto que articula este tipo de producciones sea como *genera dicendi* -verdad futura en la filosofía-, clase de texto argumentativo, fragmento, invención asistemática del porvenir, ficción (Barthes citado por Todorov, 1991, p. 67), impronta retórica, pedagógica o poética, incluso como “textos prosísticos destinados a resolver las necesidades de expresión y comunicación del pensamiento en términos no exclusiva o eminentemente artísticos ni científicos” (Aullón de Haro, 2006), etc.

La sola enunciación de estos elementos pone de manifiesto que los sistemas explicativos o comprensivos de este género operan en la inclusión o exclusión de aquellos elementos que la componen y que dependiendo de la disciplina, algunos de estos, des-bordan su sistema de pesos y medidas.

Ginzburg, para plantear la emergencia del paradigma indiciario, pone al frente un conjunto de ideas relacionadas a las formas de conocer de Morelli, Freud y Sherlock, señala como la manera de considerar un conjunto de datos reconocidos como marginales, *indignos de ser advertidos*, por ser irrelevantes a los sistemas clasificatorios, constituyen las claves para acceder a los productos más elevados del espíritu humano (Ginzburg,

1989, p. 123), se convierten entonces en pruebas de valor irrefutable. Recordemos como las operaciones que dieron origen a la visión heliocéntrica de la tierra realizadas por Copernico fueron semejantes, en cambio, se consideraron aquellos datos que habían sido excluidos por Ptolomeo.

Otros índices atribuidos al ensayo como el de deconstruccionista plantean el valor de éste como un colocador de toda discusión de verdad siempre abierta e inacabable, suspende las signatures, los índices y mantiene la verdad entre paréntesis de tal suerte que nunca da por sentado un evento de significado concluido. La dimensión de inactualidad que también se le atribuye al ensayo, constituye el horizonte que entrelaza el presente y el pasado, percibe los índices y las signatures de lo viejo (Agamben, 2010).

Es posible que Adorno considerara al ensayo como parte de una dimensión indiciaria, que restituye al ensayo una medida de valor epistémico y lo coloca en esa posición de índice como signature. Es decir:

“mantener los eventos en la dispersión que les es propia, demorarse en las ínfimas desviaciones y en los errores que acompañan y determinan su sentido. Significa, en una palabra, buscar en todo evento la signature que lo cualifica y especifica, y en toda signature, el evento y el signo que la soporta y condiciona... mostrar [como ha dicho Foucault] que hablar es hacer algo, y no simplemente expresar un pensamiento”(Agamben, 2010, p. 106).

Buscar al interior del ensayo los atributos que como signatura nos presenta constituye en parte esa restitución del valor que tiene como camino para conocer lo que cambia.

Consideraciones finales

El propósito de este trabajo ha sido plantear al ensayo como un camino para conocer lo que cambia.

Para ello, hemos discutido, en primer lugar, como los estudios disciplinares contienen en la construcción de sus objetos una ontología referida a tres dimensiones, el ser y las ideas; y los posibles arreglos entre ellas, pero ha ocultado otras: el tiempo, al caos y la creación; que coloca en una posición distinta los estudios sobre el ensayo y lo ubica tanto en los fenómenos programables –lógica- como en los no programables –las emergencias-. Hemos señalado además, que este des-velo ontológico forma parte ahora de la vida cotidiana.

En segundo lugar, hemos acudido a una mirada arqueológica sobre ensayo. No como origen, sino con el propósito de tematizar una dimensión poco abordada sobre el ensayo, buscando las huellas del pasado en el presente como sujetos contemporáneos, in-actuales con el propósito de restituir, al menos como aproximación e interpretación, nuevas alternativas para considerar el valor epistemológico del ensayo.

Finalmente, hemos abordado la noción de indicios o signaturas en el ensayo, esas se-

ñales inadvertidas que, como anomalías, pueden convertirse en elementos centrales de verificación y conocimiento.

Estas discusiones permiten considerar al ensayo, aunque sea tentativamente, como un camino para conocer lo que cambia, aunque como indicio y signatura, siempre estará a la espera de nuevas aproximaciones interpretativas.

Bibliografía

Adorno, T. W. (1962). El ensayo como forma. Notas de literatura (M. Sacristán, Trans.). Barcelona: Ariel.

Agamben, G. (2006). Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida (A. Gimeno, Trans. Vol. 1). Madrid: Pre-Textos.

Agamben, G. (2007). Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia (S. Mattoni, Trans. 2da ed.). Argentina: Adriana Hidalgo.

Agamben, G. (2010). Signatura rerum. Sobre el método (F. Costa & M. Rubituso, Trans. 1era ed.). Barcelona: Anagrama.

Albano, S. (2006). Michel Foucault: Glosario epistemológico (1era. ed.). Buenos Aires: Quadrata.

Arenas Cruz, M. E. (1997). Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico (2 ed.). Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Aullón de Haro, P. (2006). El problema de la teoría del ensayo y el problema del ensayo como forma según Theodor W. Adorno. *Educación estética*, 2, 55-76.

Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida* (M. Rosenberg & J. Arrambide, Trans. 1era ed.). Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bryant, A. (2007). Modernidad líquida, complejidad y turbulencia (F. Ochoa de Michelena, Trans.). In Z. Bauman & F. Ochoa de Michelena (Eds.), *Arte, ¿líquido?* (1era ed., pp. 59-70). Madrid: Sequitur.

Bueno, G. (1966). Sobre el concepto de «ensayo». *El Padre Feijoo y su siglo*. Oviedo (Ponencias y comunicaciones presentadas al Simposio celebrado en la Universidad de Oviedo del 28 de septiembre al 5 de octubre de 1964.1, tomo 1), 89-112.

Bunge, M. (1999). *Buscar la filosofía en las ciencias sociales* (T. Aguilar., Trans.). México: Fondo de Cultura Económica.

Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad 2* (M.-A. Galmarini, Trans. 1era ed. Vol. 2). Barcelona: Tusquets Editores.

Castoriadis, C. (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación. Encrucijadas del laberinto V* (L. Lambert & F. Urribarri, Trans. 1era ed.). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Ciurana, E. R. (1998). *Complejidad, cultura y solidaridad*. IIPC. Retrieved from <http://www.complejidad.org/>. Abril 2006.

De Alba, A. (2003). Crisis estructurales generalizadas: sus elementos y sus contornos. In A. De Alba (Ed.), *Filosofía, teoría y campo de la educación. Perspectivas nacional y regionales* (1era ed., Vol. 11, pp. 50-67). México: Comie.

Gil, F. (1998). El ensayo precursor de la modernidad. *Vuelta*, 257, 13-27.

Ginzburg, C. (1989). Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico. In U. Eco & T. A. Sebeok (Eds.), *El signo de los tres: Dupin Holmes y Pierce* (pp. 116-163). Barcelona: Lumen.

Gómez-Martínez, J. L. (1992). *Teoría del ensayo* (2da ed.). México: UNAM.

Kerik, C. (2010). De Montaigne a Walter Benjamin. *Letras Libres*(Febrero), 42-46
Montaigne, M. (2003). *Ensayos completos* (J. de Luaces, Trans. 1era ed. Vol. 600). México: Editorial Porrúa.

Morin, E. (1983). *El método II: La vida de la vida* (A. Sánchez, Trans. 5ta. ed. Vol. 2). Madrid: Cátedra.

Morín, E. (2008). *Complejidad restringida y complejidad generalizada*. Universidad Autónoma de Nuevo León: Catedra Itinerante Edgar Morin (Unesco)-IIPC-USAL-UANL.

Salgado, D. (2004). *Ensayística de Octavio Paz* (1era ed.). México: UABCS-Praxis.

Todorov, T. (1991). *Crítica de la crítica* (J. Sánchez, Trans. 1era ed.). Barcelona: Paidós.